



ACTO INVESTIDURA NUEVOS DOCTORES

La investigación como búsqueda libre de la verdad

Queridos nuevos doctores, queridas nuevas doctoras, mis primeras palabras van dirigidas, ante todo, a vosotros. Es un motivo de alegría muy especial presidir este acto académico con el que culmina el largo camino que emprendísteis hace unos años. Habéis realizado la tesis en áreas y temas muy diferentes, con circunstancias también muy variadas y en etapas vitales distintas. Pero todos compartís una experiencia común: durante años os habéis adentrado en un tema desconocido, no solo por vosotros, sino por ese saber compartido que forma cada ámbito científico.

Como aquellos exploradores del s.XIX, cada uno ha experimentado momentos de entusiasmo y desaliento, ha descubierto lo arduo que es el camino, lo incierto que es el resultado. Tal vez habéis caído en terrenos pantanosos o en aparentes callejones sin salida, e incluso os ha perseguido el temor de que alguien conquistase la cima antes que vosotros y convirtiera vuestros hallazgos en meras confirmaciones de los suyos. En estos años, además, muy posiblemente os hayáis topado con lo que podemos llamar **los límites del sistema**: los artículos injustamente rechazados, las críticas desacertadas, contradictorias o superficiales, y, muy especialmente, la dura prueba que supone comprobar la desproporción que existe entre el esfuerzo personal, los resultados



obtenidos y su valoración “objetiva”. Sea cual sea vuestra historia, todo eso no solo está superado, sino que más bien **se integra en la experiencia vital** que es hacer un doctorado y cualificarse para la investigación. Porque el resultado de estos años no es tanto “la tesis”, ese volumen que habéis mostrado con legítimo orgullo a vuestros familiares y amigos, ni el “título de doctor”, con lo que conlleva, sino **vosotros mismos** como investigadores y como personas. El camino recorrido, con sus luces y sus sombras, os ha hecho crecer intelectual y humanamente, ha desarrollado en vosotros la capacidad de hacer las preguntas relevantes y de aplicar con rigor la metodología adecuada para responderlas; os ha dado una visión ampliada y crítica de la realidad; tal vez ha sembrado en vosotros una inquietud, un deseo de nuevos descubrimientos, que os acompañará toda la vida. Por todo ello, y de corazón, ¡enhorabuena!

Y ahora permitidme que comparta con vosotros una reflexión sobre un tema que es central en la tarea investigadora y, por tanto, en la universidad como institución: la conexión entre libertad y verdad. Libertad y verdad son dos palabras grandes, fuertes, que piden escribirse en mayúsculas, que se usan poco en el ámbito universitario y que corren el riesgo de sonar grandilocuentes. Pero no podemos olvidar que la investigación, y en gran medida la docencia, es **búsqueda de la verdad**, y sin esa aproximación pierde sentido. En palabras de Benedicto XVI, y como habréis experimentado personalmente en estos años, “*solo la*



verdad es capaz de invadir la mente y hacerla gozar en plenitud”. La verdad, así en singular, nos precede y nos excede, no es algo que poseamos, sino algo a lo que intentamos servir y una meta que buscamos alcanzar, y esa búsqueda solo es posible en un contexto de libertad: libres para buscar la verdad. Esto, que podríamos considerar un punto de partida indiscutido, está siendo amenazado en los últimos años desde distintas instancias, y exige por parte de investigadores y universidades una respuesta. **¿Dónde y por qué se encuentra amenazada la libertad para buscar la verdad?** Sin pretender hacer un análisis exhaustivo, podemos definir dos grandes frentes.

- El primero tiene que ver con **la influencia en la universidad de posicionamientos políticos o ideológicos** y es especialmente significativo en el sistema universitario estadounidense, pero en absoluto exclusivo de él. En un reciente artículo de una publicación dedicada a la educación superior en ese país, se señalaba cómo las autoridades de diversas universidades, después de años de silencio, estaban levantando la voz ante la censura que les condiciona desde distintas instancias. Los ejemplos son muy variados y llegan de dentro y de fuera de la Universidad: desde el boicot a conferenciantes o demandas a los profesores por contenidos que resultan ofensivos a los estudiantes, hasta proyectos de ley que prohíben impartir determinadas asignaturas o financiar la investigación en determinados temas. Censuras que llegan desde ambos extremos del espectro



político o ideológico, que ponen en riesgo no ya la libertad de expresión propia de cualquier ciudadano, sino la libertad necesaria para que estudiantes y profesores puedan aplicarse con rigor y dedicación a la tarea de profundizar en los saberes, hacerse cargo de la complejidad de los problemas y, de esta forma, prepararse intelectual y moralmente para arrojar auténtica luz sobre las cuestiones disputadas de nuestro tiempo. Seguramente no puede buscarse una única causa a esta situación, pero la creciente polarización de la sociedad y el efecto simultáneamente aislante y multiplicador de las redes sociales han contribuido a que se limite el acceso libre y abierto a las formas de pensar de otros, que es condición de partida para la búsqueda de la verdad.

- El segundo frente que puede amenazar la búsqueda de la verdad es más difícil de identificar, porque está dentro de nosotros. Tiene que ver con la restricción que supone el habernos formado en nuestra **propia área de conocimiento**. Ciertamente, la especialización es propia de la investigación: como os comentaba antes, vuestras tesis se han desarrollado en un tema muy concreto, y lo habéis abordado con la metodología, los modelos conceptuales y las “tradiciones académicas” de vuestra área: la filosofía, el derecho, la biología, la ingeniería, la empresa, la enfermería, la comunicación, etc. Pero como verdaderos investigadores, habréis adquirido, junto con la visión especializada, también la visión propiamente universitaria que identifica no solo las



posibilidades de cada ciencia, sino también sus límites y, por tanto, las posibles aportaciones de las demás. Cuando eso no sucede, la razón, o mejor, la persona que razona, se queda como enclaustrada en esa área, que se convierte finalmente en un receptáculo cerrado y asfixiante, y la búsqueda de la verdad queda sustituida por verdades parciales que dicen poco y comprometen poco.

¿Qué podemos hacer al respecto? ¿Cómo evitar estos condicionamientos? ¿Cómo asegurar una atmósfera de libertad y apertura en las instituciones, y lo que es más difícil, en nosotros mismos?

Os propongo dos consejos que llegan de buenas manos. El primero es del fundador de esta Universidad, que siempre animaba a los que le escuchaban a no ser **“anti-nada ni anti-nadie”**. No ser **“anti-nada”** es no asumir opiniones o prejuicios de otros ¡o propios! que puedan limitar nuestra búsqueda abierta y serena de la verdad. Esto pasa por distinguir una opinión de una certeza, una afirmación casual de un juicio fundado. Los tiempos de la ciencia no son los tiempos de la opinión pública. Pienso que uno de los efectos colaterales -a mi entender positivo- de formarse como investigador es una incapacidad casi física para posicionarse en cualquier cuestión sin un estudio previo, profundo, sereno de las cosas, y un rechazo, también casi físico, a que alguien o algo se apropie o exija que se excluya un tema del estudio o del debate intelectual. No ser **“anti-nadie”** nos habla de la dimensión personal de la búsqueda de la verdad.



Porque esa búsqueda no parte de cero ni es una tarea solitaria, es más bien una corriente, una larga cadena que nos pone en contacto con tradiciones y escuelas previas a nosotros, y que se concreta en la actualidad en la aportación de colegas (o estudiantes) con nombres y apellidos, con su propia visión de las cosas. Los verdaderos buscadores de la verdad están dispuestos a establecer un diálogo abierto, paciente y respetuoso con todos y a reconocerla allí donde esté, venga de quien venga, aunque a veces parezca tratarse de un fragmento escondido en medio de errores o distorsiones de la realidad.

El segundo consejo puede concretarse en un término tomado de la profesora Archer, miembro honoris causa de nuestro claustro, recientemente fallecida, y es la capacidad de “**meta-reflexión**”, una actitud que ella reconocía en personas que no viven distraídas por las posibilidades del mundo digital, ni por sus deseos individualistas de éxito, ni viven enclaustradas en pequeños grupos en los que todos comparten las mismas opiniones. Personas que son autocríticas con ellas mismas y capaces de establecer vínculos de confianza y reciprocidad con los demás, aunque no pertenezcan a su círculo más próximo, que tienen un interés más colectivo que individual, que buscan más el bien de conjunto que el bien propio. En realidad, ser personas meta-reflexivas, nos habla de la apertura personal a aquellas verdades que configuran a las personas, la sociedad y el mundo, las verdades que tienen que ver con la dignidad de la persona humana y su trascendencia, con la existencia de



Dios, con la naturaleza del bien común. Verdades que nos implican y nos comprometen y que nos fuerzan por su propia existencia a pensar literalmente “fuera de la caja” de nuestra área de especialización.

Pues bien, en esta celebración del espíritu universitario que es el acto de imposición de birretes os animo a ser así: **personas que no son anti-nada ni anti-nadie**, personas meta-reflexivas, **comprometidas con la verdad y por eso amantes de la libertad**. Actitudes que son propias del espíritu universitario y que, sea cual sea vuestro futuro profesional, os ayudarán a poner vuestras cualidades al servicio de la sociedad, formando vínculos, tendiendo puentes, ayudando a superar fracturas y a unir fuerzas para crear proyectos al servicio del bien común. Mi deseo se extiende a la comunidad universitaria aquí representada: tenemos la oportunidad y el desafío de mostrar que es posible una exploración compartida sobre cualquier cuestión, desde el respeto a las personas y la apertura a la realidad, siempre con el rigor y la amplitud de miras propios de la Universidad.

Acabo con unas palabras de agradecimiento. En primer lugar a la Asociación de Amigos y a las organizaciones que con su ayuda y su compromiso han hecho posible vuestra investigación de estos años. Y un “gracias” muy especial también a las familias que hoy os acompañan presencialmente o a distancia. Ellos como nadie han seguido vuestra aventura investigadora, tal vez sin entenderla del todo, pero con una gran



confianza en vosotros y en vuestro trabajo. Vuestros logros son los suyos. Os propongo que a ellos vaya dedicado el aplauso final con el que se cierra tradicionalmente este acto.

Muchas gracias.

Aula Magna, 2 de junio de 2023